

# Inquietud

Juan Setien del Valle



Image not found.

## Capítulo 1

... A mí me pasaría igual. Bueno, no estoy en la situación. No sé ni siquiera si algún día podré estarlo y sentirlo. Ojalá. - Y repitió el ojalá, mientras se besaba una medalla de la virgen que colgaba de su cuello y sollozaba entre melancólica y desesperanzada, creyendo que haría falta algo más que un milagro.- Pero puedo imaginarlo. Imaginarme los nervios. Benditos nervios. Deleitarme en los nervios.

- Vamos, no seas tonta. Encontrarás a alguien. Sé que encontrarás a alguien. Todas lo hacemos. Hoy en día es difícil quedarse sola.

- Sí, dicen que una se queda sola porque quiere. No contemplan que una puede quedarse sola porque no tiene posibilidad de encontrar a nadie.

- Ya sabes. Hay ocasiones. Todo parece confluír en ese momento. Lo notarás. Llegará. Es como si el tiempo se estrechara.

Ambas sonríen; una, enrojecida, bajando la mirada, a causa de creerse excesivamente ridícula por lo que acaba de decir y la otra, cómplice, imaginándose en ese instante en que todo confluyera por vez primera para ella y existiese esa paz donde sepultar sus descorazonadas esperanzas. Ambas sonríen posando la yema de sus dedos grácilmente sobre los labios con la intención de ensordecer el restallar de sus risas traviesas. No en vano, el sepulcral silencio hizo que reverberara como el eco que se extiende con sus fuertes pasos en el interior de una caverna, como si la nieve fuera rodando pendiente abajo acumulando más nieve. Así que el profesor se giró hacia el lugar de donde procedía el sonido y silbó severo incitando a volver al silencio.

- ¿Te has probado el traje ya?

- Sí, claro. Ayer hice la última prueba. Creía que iba a adelgazar. Los nervios me consumen. Apenas como.

- Pero...

- Pero precisamente fue al contrario. Había ensanchado de espalda. Creo que es el ejercicio. Creo que me he dedicado mucho al ejercicio para agotar la mente y poder descansar por las noches. Van a sacarme un poco las costuras y a ensancharlo algo. Creo que mañana me lo probaré otra vez antes de llevármelo a casa. Sólo por seguridad. No quiero levantarme el viernes y no entrar en mi vestido de novia.

- Vas a estar preciosa... ¿han venido ya tus padres del Pueblo?

- Sí, se quedarán en mi casa. Al menos hasta el Domingo.

- ¿Y tu hermano?

- Creo que llegará esta noche. La idea es que se queden todos en mi casa. Me apetece despedir mi soltería con ellos. Espero que hoy se junte con nosotros. Según mis padres tendría que haber llegado ayer, pero no sabemos nada. Tiene el móvil apagado o no lo escucha. En la fábrica no les dejan cargar con él, por tema de que emiten ondas, por esas sandeces de prevención. Dice que hay un video en el que un hombre cuando están cargando un camión, se le ve coger el móvil y de pronto una llamarada de fuego, el camión ardiendo y el hombre desaparece, reducido a polvo, a cenizas. Ya sabes. Mi hermano siempre nos cuenta lo más agradable del trabajo.

- Vaya. Cuando llegue, avisarme. Ya sé que no has querido despedida de soltera, pero seguro que tu hermano sí quiere celebrarlo y puede que sea ese momento en que por fin el tiempo se estreche para mí o se abra. No sé muy bien cómo es al final.

Con un gesto veloz de la diestra, su amiga le golpea en la mano, frunciendo amigablemente el ceño mientras ambas vuelven a reírse, como colegialas. Aquellas risas desgarran de nuevo el silencio. Todos sus compañeros se vuelven a mirarlas; algunos con mirada inquisitiva, otros simplemente con desagrado o desaprobación. El profesor se levanta de la mesa del fondo y camina hacia ellas. Ambas dejan los escalpelos sobre la bandeja de metal y como si retrocedieran a su infancia, aniñadas y vulnerables, sin caparazones que las separen de los golpes de la realidad, esconden sus manos en los bolsillos de la bata y miran hacia el suelo.

- Señoritas. - Les dice el profesor al alcanzarlas.- ¿Saben dónde se encuentran? Ambas asintieron con un leve movimiento de cabeza. - Esto es un templo. Todo templo es sagrado. Luego este lugar es sagrado. Y todos esos cuerpos que tienen sobre las mesas, sin vida y con la cabeza cubierta, se merecen un respeto. Ellos decidieron donar su cuerpo para que ustedes aprendan los mecanismos complejos de la biología del cuerpo. No todo es como viene en los libros. Nunca es como viene en los libros. El estómago se conoce cuando lo tienes entre las manos, cuando lo pesas, cuando las lianas de los intestinos arden en tus dedos. Ellos os han cedido lo poco que dejaron tras su muerte. Este es su legado, es la herencia que les dejan a ustedes, a cada una de las dos. No quiero tener que volverles a llamar la atención. Por cierto, han tenido suerte. Su cuerpo tuvo un accidente de tráfico. Tiene fracturas internas, órganos destrozados, desfiguración... pueden analizar cómo le llegó la muerte.

- ¿Sufrió?.- Preguntó una de las dos.

- Eso deben determinarlo tras su análisis. Aunque... .- Recogió una carpeta que colgaba de la barandilla de la mesa de autopsias, la abrió, desplegó las hojas y los análisis y añadió así.- No tuvo tiempo de sufrir. Quiero que luego me digan por qué deduzco eso. Me llevaré la carpeta.

- ¿Podríamos descorrer el pañuelo y verle la cara?

- Ellos han cedido su cuerpo. Respetémoslo. Son anónimos. Héroe anónimo.

- Pero si le viéramos la cara.

- Si le viéramos la cara, podríamos sentirnos más cerca... no sé, algo de compasión. La compasión nos acerca a los demás. Los hace humanos. Nos hace humanos.

- Lo que menos querrás cuando su vida dependa de ti en un quirófano es precisamente que seas humana. No puede afectarte nada. Las máquinas son insensibles y son mejores. Carecen de improvisación, precisamente porque no son humanos y vosotras debéis aprender a conjugar esa frialdad de la máquina con la improvisación de lo humano. Pero no hace falta ver el rostro de alguien para conocer a una persona. Es un varón, de unos... 35 años, con algún rasgo significativo, seguro, estará por aquí. Solo hay que encontrarlo. ¿Me ayudáis a moverlo? - Mueven el cuerpo y contemplan admirados el trazo fantástico de un dragón tatuado cruzándole la espalda. La chica que iba a contraer matrimonio se echa para atrás, vencida por una fuerza invisible, como si el aire tuviera puños y le asestara con sus látigos y golpea entonces la mesa que contiene la bandeja con los escalpelos. Caen ruidosamente al suelo. "No" Chilla. "Quítale el trapo de la cara. Enséñame su rostro. Enséñame su rostro" gritaba poseída por una rabia que la destrozaba por dentro. El profesor la miraba estupefacto. No comprendía aquel ataque de histeria. Se abalanzó sobre ella para mitigar su exaltación con un abrazo que no podía contenerla. Hacía aspavientos, enloquecida, con la fuerza brutal de los poseídos y se zafó del profesor. Corrió hasta el cuerpo y le quitó el trapo que le cubría la cara. "¡No! ¡No! ¡No...! ¡No!" Se desgañitó, chillando. "Hermanito. No. ¡No puedes ser tú! No puedes ser tú. ¡Dejarme!" Tiró el cuerpo de la mesa de operaciones al suelo y le abrazó, acunándole, gritando. " No. ¡No! No puedes ser tú."